Mi encuentro con el pasado maya*

Constantin Balmont

6 de junio (1905). México. Mi última carta de Mérida se interrumpió bruscamente. No pude continuarla. Antes de mi partida me sentí invadido por esa sensación de vacío moral que se experimenta cuando se ha realizado algo importante. Las visitas de las ruinas de Uxmal y de Chichén-Itzá, no menos majestuosas, creo, que las de Egipto, han coronado estos dos meses de mis peregrinaciones en las regiones de Chiapas, Tabasco y Campeche donde vivieron los mayas. Algo muy grande se ha terminado, ha concluido sin llenar, aunque sólo fuese en parte, mi esperanza. A esta nota melancólica, se agregó un sentimiento de estupefacción, de dolor quemante cuando supe la brutal destrucción de nuestros buques, yo que he llegado a amarlos por sus largas travesías efectuadas sabiamente.

10 de junio. Aún no te he contado nada de mi viaje al país de los mayas. Tengo miedo de no poderlo contar ya, por no haberlo hecho a tiempo, bajo la influencia de las primeras impresiones. Las impresiones se borran con una rapidez sorprendente cuando se renuevan así, sin interrupción. No están lo bastante lejos, ni lo bastante cerca. Están veladas, borradas, apagadas, desprovistas de interés. Más tarde, mucho más tarde, ese brillo renacerá. Pero me siento capaz de hablar de Xochicalo, pues esas impresiones ya se hundieron en un pasado sin regreso. Y Xochicalco fue para mí la primera revelación de los monumentos mayas y aztecas.

Te conté que al partir para Palenque decidí no tomar en cuenta los consejos de Chavero y otras personas informadas. Llevar pistola aquí es a lo sumo una especie de elegancia militar. El México romántico ha sido relegado más o menos completamente a los archivos. Los jaguares de este país atacan con mejor voluntad a

* Tomado de *Dos poetas rusos en México: Balmont y Maiakovski*, de Luis Mario Schneider, Sepsetentas, México, 1973.

las ovejas y a las terneras que a los hombres. Cuando pregunté en tono de burla si había tigres en Uxmal, el gobernador de Yucatán me respondió con una sonrisa de inteligencia: "No señor, pero tigres humanos, sí". El hecho es que existen aquí los hombres-tigres, o mejor dicho los hombres-lobos, los hombres-puercos o los hombres perros.

En Mérida tuve, sin embargo, que utilizar la carta de Chavero para el gobernador de Yucatán, por la buena razón de que las ruinas de Uxmal y las de Chichén-Itzá están situadas dentro de los límites de dos propiedades privadas, cerca de las fincas de don Augusto Peón y Edward Thompson. El gobernador, Olegario Molina, resultó ser un viejo encantador, simple, amable, inteligente. Me presentó a Peón, el cual no solamente nos autorizó a pasar la noche en su propiedad, sino que nos dio hamacas y nos inundó de provisiones de todos tipos. Al llegar de noche a la estación a donde nos esperaban los caballos, subimos sobre el carro que se conoce aquí como volan-coche. De qué lengua viene este vocablo no pude descubrirlo. Pero lo que no tardó en descubrirse de la manera más evidente es que se trataba incontestablemente de un coche volante. Este vehículo se compone de una especie de jaula provista de un colchón, de dos ruedas gigantescas, de una capota, de un timón, de dos mulas precedidas por una tercera, en fin un conjunto extraño. El conductor era un adolescente maya. La noche, maravillosa; viajábamos acostados a medias y yo desbordaba de gozo por encontrarme por fin entre los mayas. Había que atravesar los rieles del ferrocarril; las mulas iban con el vientre sobre la tierra, una vuelta brusca y nos deslizamos sobre el flanco izquierdo "como un solo hombre". Fue una suerte no salir con las piernas o los brazos rotos. Yo salí con ligeras contusiones en los hombros. El choque fue tan fuerte que el vehículo quedó totalmente destruido. Tuvimos que telefonear a la finca para pedir otro carro. Mientras esperábamos nos pusimos a errar a lo largo de esbeltas palmeras, gozando de un espléndido crepúsculo. Nunca he visto en mi vida, sino en el Atlántico, y en México, estos matices inmateriales, verde pálido y amatista, colores de oro fundido o vaporizado. La noche había caído cuando nos lanzamos de nuevo por un camino apenas practicable, sembrado de gruesas piedras, de bloques rocosos; un camino que más

exactamente era una pista angosta trazada en el corazón mismo de la selva tropical. Era extraño, algo así como una novela o un cuento de hadas. Entre las ramas, por encima de las cimas de los árboles, volaban insectos luminosos. Cuando llegamos a nuestro destino era noche cerrada. La casa de piedra, vasta y sin gracia, parecía desierta. No había más que el ranchero, mayordomo del campo y algunos criados indios. Sombras negras pasaban debajo del balcón, abrían la puerta de los cuartos, parecidos a cuevas, y colgaban sus hamacas. ¿Nunca te has acostado en una hamaca? Cuando se está muy cansado se puede dormir allí hasta placenteramente. De modo general, encuentro que la hamaca es menos una fuente de placer que un instrumento de tortura. Sin embargo, en los climas cálidos es infinitamente mejor que un lecho. No se ahoga uno; se está al abrigo de ciertas bestias de pequeñas dimensiones pero enormemente repugnantes.

Las ruinas de Uxmal (o Uchmal, como se pronuncia entre los mayas) se encuentran muy cerca de la hacienda. Me cuesta trabajo hablar de estas ruinas. Su misterio es demasiado profundo. Su belleza, aunque menoscabada por el hombre y el tiempo, eleva el pensamiento a ese secreto que liga, mediante un enlace perceptible pero indefinido, en un solo misterio, a países diversos como Egipto, Babilonia, India y esta región maya indescifrable. Se piensa en la Atlántida desaparecida que fue el hogar, la cuna de civilizaciones absolutamente diferentes. Se siente que la hipótesis de la Atlántida es imposible de comprender, explicar toda una serie de fenómenos en el orden de las cosmogonías, de la escultura, de la pintura, del arte arquitectónico. Las analogías, las identidades tienen un carácter demasiado notable.

¡Qué arte en estas construcciones de los mayas! Amaban la altura, y para sus éxtasis religiosos escogían lugares desde donde podían dominar y contemplar vastos panoramas. Amaban las perspectivas que se dirigen hacia el horizonte. En sus oraciones entraban libremente el sol, las estrellas, el aire, los espacios verdes de la Tierra.

El templo piramidal que se denomina la Casa del Adivino, o Casa del Enano, está bien conservado. Se llega hasta el oratorio de arriba mediante una escalera a pico, extremadamente a pico. Las piedras que la forman tienen un pie de espesor, y menos

de seis pulgadas de profundidad, de manera que no se puede apoyar todo el pie. Comencé alegremente el ascenso, pero a mitad de la escalera pensé que el descenso sería aún más duro y expresé esta reflexión en voz alta, al tiempo que continuaba subiendo rápidamente. La vista que se domina desde lo alto de esta pirámide, es una de las más bellas que haya jamás contemplado. Enorme extensión de verdor. Desierto de esmeralda. Alrededor de la pirámide se dibujan claramente, por todas partes, construcciones emblanquecidas por el tiempo. Son otras ruinas, vestigios sagrados de una grandeza desaparecida. En este lugar se levantaba antes una poderosa ciudad. Ahora son las plantas quienes establecen su imperio; lo han invadido todo. Se han apoderado de estos templos, de estos palacios destruidos; éstos son prisioneros de los árboles y de las flores. Sobre la plataforma, desde la que los sacerdotes miraban a la multitud silenciosa de fieles, el viento balancea dulcemente el tallo gracioso y ligero que saliendo de un ramillete de un maguey de hojas poderosas

Uxmal. Foto Badía, circa 1900-1910. Colección Ramírez Aznar.

se levanta hacia el cielo. El mundo entero me parecía revestido del gran misterio del silencio, mientras que desde la cima de esta pirámide miraba la verdusca extensión.

Experimenté sensaciones torturantes cuando tuve que descender por esta escalera ancha, pero empinada y carente de rampas. Apenas había dado algunos pasos cuando me sentí palidecer mortalmente, me parecía que no existía ningún lazo de unión entre mí y el mundo de abajo. Cuando advertí mi angustia, ésta se decuplicó, mi corazón se puso a latir dolorosamente. No era miedo, sino algo semejante al pánico. Me veía claramente precipitado sobre el suelo, con los brazos y las piernas rotas. Me fue forzoso descender dando la espalda a la tierra y con el rostro vuelto hacia la escalera, como había yo hecho para subir: con las palmas apoyadas sobre los peldaños superiores y tanteando con precaución los peldaños inferiores antes de dar un paso. Repito que cada peldaño no tenía más de seis pulgadas de profundidad; si hubiera dado un paso en falso me hubiese sido imposible

Las Monjas. Chichén Itzá.
Foto Badía,
circa 1900-1910.
Colección Ramírez Aznar.

asirme con las manos y la caída hubiese sido inevitable. Logré dominar mi emoción y descender sin problemas, forzándome a tararear, a silbar (E. pretende que desentonaba) haciendo bromas con E. que de manera totalmente heroica, descendía de frente, sobre este declive insidioso. Cuando llegamos abajo, los guías me dijeron (demasiado tarde) que los viajeros efectuaban por lo general este descenso con la ayuda de una cuerda. Ni en Uxmal, ni en Chichén Itzá, donde tuvimos que subir varios monumentos, me rebajé jamás a emplear una cuerda, y me siento feliz de haber pasado con éxito mi examen de viajero.

La noche que estuvimos en la propiedad de Peón fue admirable. Estábamos absolutamente solos. Todo el mundo se había acostado temprano. Permanecimos en el balcón frente a las palmeras maravillosas y bajo un cielo profundo y tachonado de estrellas.

La Cruz del Sur y todas las tapicerías estelares que sólo son visibles aquí en el trópico encantaban y embriagaban nuestras miradas y nuestras almas. Era como si ese mundo adormilado en torno nuestro fuese el mundo primitivo, con todo el vigor de las fuerzas originales, sin preguntas, sin pensamientos, sin hombres.

Dejamos la hacienda desde el amanecer hacia las tres de la mañana, para tomar el tren en la estación vecina. El día comenzaba a despuntar, la selva se veía completamente distinta, en los árboles brillaba todavía alguna luciérnaga retardada en su fiesta nocturna, como una piedra preciosa, ligeramente ondulada, con el brillo cambiante y dulcificado de sus fuegos eléctricos. La luna, que aún no había tenido tiempo de apagarse, copulaba extrañada con la flamígera estrella de la mañana. Algunos versos empezaron a cantar en mi mente:

La luna tarda en apagarse
pero ya el alba brilla empurpurada,
y la radiante Venus aparece,
soberana de planetas claros.
Obra de siglos poderosos,
las ruinas de Uxmal reposan,
ligeros son los bordes de las nubes,
desierta la inmensidad lejana.
Aquí vivieron los reyes

y los sacerdotes de las pirámides.
¡Oh, mi sueño contempla:
las perlas de la mañana se encienden!
Un poema aquí conmemora
el sueño hundido en los siglos,
canta y se esculpe, inmóvil,
bajo los cielos de triple claridad.
En las lápidas macizas y calladas
enmudece el trazado del pensamiento,
y, solo, resuena sin tregua
el canto centuplicado de las cigarras.

11 de junio. Hay en las ruinas de Uxmal una construcción que posee un subterráneo en el que me fue posible experimentar una sensación única. No sé quién, alguien poco inteligente, ha bautizado este edificio con el nombre de Casa de la Vieja. Ciertos imbéciles creían también que la maravillosa bruja de Rider Haggard era una mujer vieja. ¿Te acuerdas de su extraordinaria novela *Ella*? Más que nunca aprecio a Haggard.

Entré en el subterráneo dividido en dos, literalmente disminuido a la mitad de mi talla, puesto que es imposible entrar de otra manera. En el corredor, contra la pared de la izquierda, distinguí una escultura única, un rostro severo. Sólo se le veía el bulto, parecía —y quizás fuese cierto, era cierto seguramente— que toda la parte inferior de su cuerpo se hubiese hundido en la tierra. Cuando me encontré frente a ese rostro, experimenté una sensación extraña, semejante, si así pudiera decirse, a la de un recuerdo. En lugar de la vieja figura que esperaba ver, en lugar de uno de esos rostros deformes a los que me había habituado en este país, me sonreía un rostro joven y eterno, joven y bello. "¡Pero es ella, es ella! —pensaba— ¡Ella, la que debe ser obedecida!"

Tenía delante de mí un rostro admirable, de tipo judeo-egipcio. Rasgos finos, ojos vívidos y profundos, no vivos, sino llenos de vida, una bella nariz con ventanas expresivas y limpias, labios que han sabido, que saben todavía hablar en silencio. El tocado era semejante al de las grandes damas rusas de la edad media, un poco bizantino, con suaves pendientes. Esta figura parecía vivir.

Expresaba un pensamiento, un sentimiento. Yo estaba lleno de dudas y de turbación. Me parecía imposible abandonarla como se abandona un cuadro sin vida, una estatua de piedra. Con emoción inefable acerqué mis labios a su rostro, y una sensación extraña de frescura vivificante penetró en mí en el momento en que esos labios esculpidos, habiendo recibido mi beso, le devolvieron una respuesta sobrenatural.

13 de junio. Resolvimos visitar las ruinas de Chichén Itzá que Stephens celebraba ya en la época en que nuestro Gogol creaba las efigies gesticulantes de los tipos rusos, esas ruinas que exaltó mejor Le Plongeon, el que descubrió la estatua del príncipe tigre.

Volví a presentarme con el gobernador de Yucatán; me dio una carta de recomendación para el presidente municipal de la aldea de Dzitás, localizada a unos sesenta kilómetros de las ruinas. Le anunció además mi visita por telegrama. No cité fuera de tema a Gogol hace un momento. Mi llegada a ese lugar bendito y mis conversaciones con las muestras humanas que allí habitan me hicieron pensar irresistiblemente en *El inspector*. En la estación anterior de Dzitás encontramos un jovenzuelo indio, delegado de la policía rural, que tenía como misión reconocernos entre los viajeros, muy poco numerosos por otra parte, y vigilar que nos bajásemos en el lugar indicado. Nos descubrió de inmediato entre el público, y al llegar a la estación de Dzitás vimos al gordo representante de la municipalidad precipitarse, sin aliento, a nuestro encuentro, en tanto que el representante del orden indio señalaba con gozo nuestras personas. "Las mercancías han llegado sin contratiempo", parecía afirmar. El presidente de la aldea estaba vestido con una blusa ampliamente desabotonada y calzaba sandalias. Sus ojos opacos no estaban hechos para mirar de frente. Se produjo un incidente luego, en el momento de despedirnos. Se inclinó sobre mi espalda y balbuceó: "Tenga la bondad de hacer saber al gobernador que nuestra aldea está iluminada de noche". Verdadera encarnación de lo grotesco. Nos llevó, atravesando pantanos y bordeando árboles florecidos, hacia la tienda de mercancías "coloniales" del lugar, al lado de la cual había una sala, en la que se nos había servido la comida. Durante ésta, la tienda se llenó de personas que nos contemplaban para

ver cómo comíamos y qué bebíamos. Era demasiado tarde para llegar a las ruinas esa misma noche, y nos condujeron para pasar la noche ¡al edificio de la escuela! Es cierto que no hay hotel en esa aldea. Gocé entonces el placer inesperado de dormir en una escuela india y mi hamaca fue suspendida sobre la clase, frente al pizarrón, en el que se veían frases inscritas con tiza: "El maestro es muy escrupuloso", "Ama a tu prójimo como a ti mismo", etcétera. Estuve dudando por lo que respecta a amar al prójimo como a ti mismo, pero me convencí de que el maestro era muy escrupuloso debido a la pulcritud del lugar, cosa insólita en esos parajes. Al día siguiente, desde las 7, los chiquillos sedientos de erudición pusieron un término al abuso que hacíamos de ese templo de la ciencia. Partimos sobre mulas monstruosamente perezosas, siguiendo un camino totalmente indescriptible debido a la abundancia de obstáculos pedregosos. En revancha, de cada lado se elevaba una muralla compacta de verdor, con numerosos árboles cubiertos de múltiples flores, lilas, azules, rojas, amarillas y blancas. Era especialmente bello un árbol que aquí se llama flor de mayo. Consta de una masa de flores blancas, parecidas a las del oleandro y con el fresco perfume de nuestras flores acuáticas. Al cortar una de esas ramas mis dedos se cubrieron de un líquido blanco, pegajoso y azucarado: ¡sangre blanca de la flor de mayo!

Llegamos a las tierras de Edward Thompson, cónsul de los Estados Unidos y arqueólogo, que de una vez por todas dio a su intendente la orden de recibir cordial y gratuitamente a los huéspedes extranjeros que venían a visitar las ruinas de Chichén-Itzá. ¡Qué gozo contemplar esas ruinas venerables desde las ventanas de nuestras alcobas! Y debajo justamente de nuestras ventanas había canteros; un bello jardín verdecido y multicolor. Calma reconfortante, gozo de alcanzar el objetivo, cielo puro sobre nuestras cabezas, pureza de la inocencia sobre nuestras almas. Y para contemplar esta impresión de bienvenida nos encontramos en el comedor con un librero lleno de obras francesas e inglesas: inevitables ediciones populares de *Hamlet* y del *Rey Lear*, pequeñas colecciones de poesías de Coleridge y de Burns, toda una hilera de libros de ciencias naturales, y después, ¡oh gozo!, las obras de nuestros queridos Le Plongeon y Brasseur de Bourbourg. Era como estar dentro de un cuento de hadas. Un

El Caracol. Chichén Itzá. Foto Badía, circa 1900-1910. Colección Ramírez Aznar.

buen genio había previsto nuestros deseos, como si se nos hubiese esperado en esos lugares, y nos pusimos a recorrer cuartos, y ese jardín de colores exquisitos, y, a lo lejos, ellas, ¡las ruinas de Chichén Itzá!

¿Te acuerdas de ese primer día durante nuestro primer viaje, cuando errábamos por los aledaños del *Caring Cross* de Londres, y nos detuvimos frente a la vidriera de una librería teosófica? Ese día compré, recuerdo, *The Voice of the Silence* de madame Blavatzki y también un catálogo de obras de teosofía. Esos dos libros han jugado un papel muy importante en mi vida, y el primero me ha servido de excelente guía. Admirable como una piedra preciosa, *The Voice of the Silence* se convirtió en la estrella matinal de mi alba interior. Ese libro me ha permitido penetrar en un mundo nuevo. Gracias a ese catálogo de aspecto poco elegante, he adquirido toda una serie de obras inestimables en compañía de las que he pasado muchísimas horas gozosas y límpidas durante estos últimos años. Entre esos libros se encontraba el de Augustus Le Plongeon, *Queen Moo and the Egiptian Sphinx*, sin el

cual jamás me hubiese entusiasmado por la idea de contemplar las ruinas indescifrables de los mayas, orientadas hacia la Cruz del Sur. Las he visto, las he conocido.

No soy yo quien pronunciará, respecto a ellas, las palabras definitivas, pero sé muy bien que no está muy lejano el día en que esas palabras serán pronunciadas; entonces el arco iris de las conjeturas, cubriendo la Atlántida desaparecida, reunirá en un solo cuadro único los vestigios de los mayas, las pirámides de Egipto, los templos hindúes, las leyendas de Oceanía. Nuestra pueril cronología europea dejará su lugar a otra escala, a valoraciones del tiempo que sobrepasarán nuestras viejas medidas, como el vuelo del cóndor sobrepasa el aleteo de los pájaros domésticos. Contemplaremos las praderas y los valles ya no desde la cima de un pequeño Monte Blanco mancillado por los estúpidos turistas, sino desde la cumbre del gigante Chimborazo, cerca de la masa nevada desde la que los peruanos erigieron en la antigüedad sus templos de oro consagrados al sol y sus templos de plata consagrados a la luna.

El Castillo. Chichén Itzá. Foto Badía, circa 1900-1910. Colección Ramírez Aznar.